El Bautismo de Cristo

Bautismo del Señor
8 de enero de 2023
Oratorio de san Felipe Neri
Alcalá de Henares

«Mi siervo, a quien sostengo,
mi elegido, en quien me complazco»

Juan llamaba a la conversión y bautizaba en las aguas del Jordán a los que dieron crédito a su llamada apremiante. Ponerse en manos de aquel hombre de aspecto severo para ser sumergidos en las aguas del río expresaba dos cosas: una decisión y una súplica. Expresaba su decisión de volver a Dios, de dejar atrás el pecado, de limpiarse de él y comenzar una nueva vida. Y era súplica, porque el hombre no puede por sí solo, con su sola decisión, librarse del pecado. La súplica era la espera de que Dios interviniese, dando su mano al hombre para sacarlo de la esclavitud del pecado.

La mano de Dios llegó de una forma no esperada, cuando el Hijo de Dios, hecho hombre, hombre también, aparece entre aquellos hombres para ser bautizado. Aparece allí donde los hombres quieren dejar el pecado atrás e imploran la ayuda divina. Aparece allí como hombre y dispuesto a cargar con las miserias de aquellos hombres y de todos los hombres.

Cuando Jesús llega al Jordán y se pone en manos de Juan para que lo sumerja en las aguas, asume la misión de cargar con los pecados de todos nosotros. El apóstol amado no narró en su evangelio el bautismo de Cristo, sino que expresó el significado de lo que ya habían narrado los otros, cuando cuenta que, al ver el Bautista a Jesús, dijo: **«He ahí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo»**. Esta afirmación revela la misión del niño que hemos adorado en su Natividad. Jesús asume su misión de Redentor del hombre poniéndose en manos del Bautista y sepultándose en las aguas. Sumergirse en las aguas del Jordán es el principio y el anuncio de su asumir el mal del hombre y sus consecuencias, hasta ser sepultado en la muerte y descender hasta lo más hondo: «descendió a los infiernos».

Con esta decisión de Redentor, Jesús hace suya la débil decisión del hombre de dejar atrás el pecado. Y él también hace suya nuestra súplica. No suplica solo por ser hombre, sino por ser Hijo, porque es propio del Hijo recibirlo todo del Padre. Su decisión de redimir, de ser el cordero inmolado, se convierte también en súplica al Padre. En el silencio de las aguas ya resuenan las palabras futuras de la cruz: **«A tus manos encomiendo mi espíritu»**, sabiendo que su Padre no lo abandonaría en el fondo del Hades, tal como dice por medio del salmo: **«Mi carne descansa en la esperanza, porque no abandonarás mi alma en el infierno, ni dejarás que mi carne se corrompa»** (Sal 2,26; Hch 2,26-27).

La decisión del Hijo es respuesta al deseo salvífico del Padre y esa decisión se convierte en oración. Oración que abre el cielo, que es escuchada y que recibe rápida la respuesta.

Tiempo después, en el momento de la resurrección de Lázaro, Jesús se dirigirá a su Padre diciendo: **«Tú siempre me escuchas»**. El Padre no puede dejar de escuchar a su Hijo amado y, cuando el Hijo se hace hombre, la súplica del hombre resuena en el corazón de Dios de forma imposible de acallar. En el Jordán, la respuesta del Padre al Hijo, que asume la súplica de los que quieren volver a Dios, se hace perceptible. Y esto es para nuestro consuelo, para decirnos que, en su Hijo, él nos escucha: **«Se *le* abrieron los cielos y vio el Espíritu de Dios que bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Y vino una voz de los cielos que decía: "Este es mi Hijo amado, en quien me complazco"»**.

El Espíritu Santo, que desciende en forma de paloma, recordando la reconciliación prometida tras el diluvio, es el amor con el que el Padre unge eternamente a su Hijo, el amor que descendió al seno inmaculado de María en la Encarnación, y ahora unge esta humanidad del Hijo con la que se dispone a la misión, hasta que llegue a la donación de sí en la cruz, en la Eucaristía. Ved cómo se entiende aquí que el don del Espíritu, el sacramento de la confirmación, prepara para la Eucaristía. Este don del Espíritu Santo es amor recíproco, entre el Padre y el Hijo. El Hijo continuará el diálogo con el Padre dejándose conducir por su Espíritu de amor, obedeciendo el plan salvífico de su Padre hasta el sacrificio redentor. Un diálogo de amor que culmina cuando la humanidad resucitada de Cristo se alegre en la presencia del Padre y alegre al Padre, aquí será donde el Espíritu Santo se manifieste como Espíritu de júbilo.

En el bautismo de Cristo somos testigos del movimiento trinitario del amor. Pero ahora estamos nosotros ahí. En el Hijo estamos nosotros. Él ha hecho suya nuestra pobre decisión de dejar el pecado atrás y nuestra pequeña súplica. Ahora, nuestra pequeña súplica y nuestra pobre decisión son las del Hijo Eterno, Amado por el Padre, en quien Él se complace. En este misterio estamos nosotros, amados por el Hijo, que asume nuestros pecados y nuestro corazón. Estamos nosotros, amados por el Padre en la humanidad del Hijo. Estamos nosotros, ungidos por su Espíritu para poder caminar detrás del Ungido.

Así termina el tiempo de la Navidad y comenzamos el tiempo del seguimiento de quien se dispone a nuestra redención.

Alabado sea Jesucristo

Siempre sea alabado

P. Enrique Santayana C.O.